

piraba muy poco interés. «Espero, escribía al final de la campaña de 1673, encontrar muchas flores tardías ó prematuras. Mi hermano me ha dicho que en el jardín no había tanta abundancia de ellas como de ordinario... Informaos.» Sus flores predilectas eran las de los naranjos y de los granados, los jazmines de España, los tulipanes de Holanda, las tuberosas, los junquillos, los alhelíes dobles y todas las de colores y perfumes fuertes. Gustábale variar el decorado floral y por esto le agradaba el Triánón de porcelana, en donde las flores de los parterres, puestas en macetas de greda, se cambiaban diariamente y hasta dos veces al día.

No le gustaba ver correr el agua sencillamente, desde el momento en que se había instalado en aquel sitio desprovisto de ríos y de manantiales, sino que le agradaba canalizada, extraída por medio de bombas, brotando apenas del suelo ó elevándose en altos chorros y encorvándose á modo de bóveda. Complacíase en oír la zumbadora y en nada puso tanto cuidado como en sus bombas y en sus fuentes. Durante la campaña de 1673, escribía en el mes de agosto: «Hay que hacer de manera que las bombas de Versailles funcionen tan bien, sobre todo las del depósito de arriba, que cuando yo llegue no las encuentre en estado de disgustarme, rompiéndose á cada momento.» Al siguiente mes ordena que las fuentes manen doce horas diarias y quiere fijar por sí mismo el grosor de los chorros, acabando por pedir fuentes que no cesen nunca: «Quisiera, escribe en febrero de 1677 cuando se hallaba al frente del ejército, encontrar las bombas en tales condiciones que las fuentes que hay delante del palacio funcionasen siempre.» Difícil fué encontrar el agua necesaria para esas profusiones: en un principio el estanque de Clagni surtía de ella, pero en cantidad demasiado escasa, en vista de lo cual se acometieron las obras de la «máquina enorme» de Marli, que tomando el agua del Sena, la llevaba hasta el acueducto mediante el esfuerzo de catorce ruedas hidráulicas y de doscientas veintitrés bombas. Esas obras duraron cinco años, desde 1679 á 1684, y aun no llegaban á Versailles las aguas de Marli, cuando ya se comenzaba otra empresa de mayor importancia. El rey, dice el diario de Dangeau en octubre de 1684, «quiere hacer venir... el río Eure.» Comenzaron los trabajos en la primavera de 1685 y en ellos intervinieron la Academia de ciencias, Louvois, Vauban, todo un cuerpo de ejército y el mismo rey con sus frecuentes visitas. En tres años abriéronse seis leguas de lecho nuevo del río y un canal cubierto; y luego se elevaron las pilas del acueducto de Maintenón, que había de tener «cerca de mil seiscientos arcos, algunos de los cuales serán dos veces más altos que las torres de Nuestra Señora, y muchos pequeños que no se cuentan.» Pero durante aquellos tres años las enfermedades diezmaron el ejército de trabajadores, y la guerra que surgió en 1688 suspendió la empresa, siendo preciso limitarse á las aguas de Clagni y de Versailles para proporcionar al rey lo que se llamaba el «contentamiento de sus fuentes.»

Agradábale á Luis XIV mandar en el «elemento» fugo como en el elemento agua y lo quería tan dócil como ésta, que siguiera líneas, que formara figuras y que «el brillo de las aguas rivalizase con las luces,» en «aquellas hermosas noches sin sombra,» como decía Corneille, en aquellas «noches inflamadas» que admiró Racine.

Comedia, tragedia, ópera, la presencia de las favoritas, las flores, las aguas, el fuego, componían el conjunto de las fiestas cuyo esplendor fué el asombro de la corte, de la ciudad, de toda Francia, de Europa entera.

En mayo de 1664, concluída la primera jornada de los «Placeres de la isla encantada,» los caballeros que habían efectuado la carrera de sortijas, acodáronse en la barrera para presenciar el festín del rey. Vieron entrar «al Orfeo de nuestros días...», quiero decir, á Lulli, al frente de numerosa compañía de concertistas que, después de haberse acercado á pasos cortos y al compás de sus instrumentos,» se separaron en dos grupos, á derecha é izquierda «del alto dosel.» Los violines acompañaron á las Cuatro Estaciones cuando éstas presentaron manjares y frutas. La mesa del rey estaba cubierta de flores. «En medio de la noche, junto al verdor de las altas empalizadas, un número infinito de candelabros, cada uno con veinticuatro bujías, y doscientas hachas de cera blanca que llevaban otras tantas personas vestidas de máscara, daban una claridad casi tan grande y más agradable que la del día.» Al día siguiente, la compañía de Lulli representó en un césped, dispuesto como teatro, *La princesa de Elida*. Al final de esas fiestas, «Su Majestad hizo poner en escena una comedia nueva, titulada *Tartufe*, que el señor de Moliere había escrito contra los hipócritas.»

El 18 de julio de 1668, día del «Gran divertimento real,» en que se juntaron la señorita de La Valliere, la señora de Montespán y la señora de Scarrón (el pasado, el presente y el porvenir), representóse una agradable comedia de Moliere en una enramada cubierta interiormente de tapices é iluminada por treinta y dos arañas de cristal. En uno de los entreactos de la comedia, que era *Jorge Dandin*, ejecutóse una sinfonía de Lulli, «la más sorprendente y maravillosa que jamás se había oído.» Después del espectáculo, la corte se encaminó á la sala del festín, que era otra enramada, pero cubierta con una cúpula; altos veladores de plata sustentaban girándulas en las que ardían bujías de cera blanca; guirnalda de flores corrían á lo largo de la cornisa entre jarros de porcelana y bolas de cristal. En el centro alzabase la roca del Parnaso, de la que bajaban cuatro ríos, y tazas de mármol puestas en los ángulos sobre pilastras, dejaban caer cascadas de agua. Terminado el festín, dirigióse el rey á la sala que se había construído para el baile, y que era de mármol y pórfido con guirnalda de flores. «La magnificencia de las aguas rivalizaba en belleza con las luces y el ruido de los surtidores armonizaba con el de los violines.» La corte salió de la sala de baile por alamedas, que intencionadamente se había dejado en una semiobscuridad, y de pronto divisó el palacio que parecía ser «verdaderamente el del sol porque por todo resplandecía de luz.» En las ventanas brillaban formas de estatuas antiguas; en las balaustradas de las azoteas multitud de jarrones despedían llamas; y pilares encendidos, colosos de fuego, se alineaban en los jardines. Millares de haces de fuegos artificiales surgieron de las plazoletas, de los surtidores, de las terrazas y de los bosquecillos; todas las fuentes funcionaban y el fuego parecía, como ellas, salir de tierra: «los dos elementos estaban tan íntimamente unidos que era imposible distinguirlos.» Por último, cohetes lanzados desde la Torre de la Bomba

trazaron en el cielo la cifra del rey, las dobles L, «brillantes de una luz vivísima y muy pura.» Pero ya «comenzaba á asomar el día, celoso de los favores de tan hermosa noche.»

En el esplendor de aquellos regocijos había exquisitos refinamientos. Una noche de las fiestas que se celebraron en julio de 1674, después de servida una colación en el bosquecillo del Pantano, entre el rumor de las aguas, de los violines y de los oboes, representóse el *Alceste* de Lulli en el patio de mármol, adornado con cajas de naranjos, girándulas, veladores y jarrones de oro. Del surtidor cubierto de guirnalda caían las aguas y para que no hiciesen demasiado ruido, su caída se amortiguaba en jarros de flores.

Uno de los mayores placeres del rey era pasear en góndola al anochecer ó ya anochecido, seguido de una barca en que iban Lulli y su compañía, pues le gustaba recrearse con el fresco de la noche y «escuchar en el canal los agradables conciertos de las voces y de los instrumentos, únicos que interrumpían el silencio de la noche.» La última fiesta del verano de 1674 celebróse en el agua: á la entrada del canal alzábanse dos caballos de fuego domados por héroes; la línea del agua estaba indicada por cordones de fuego; en uno de los brazos de la cruz, hacia Triánón, brillaba un carro de Neptuno rodeado de tritones; en el otro, hacia la Casa de fieras, un carro de Apolo escoltado por las Horas, y al otro extremo del agua divisábase un gigantesco palacio luminoso. El rey, la corte y Lulli se embarcaron, y nadie diría que es del honrado Felibién la descripción siguiente:

«En el profundo silencio de la noche oíanse los violines que seguían la barca de Su Majestad, y el sonido de esos instrumentos parecía dar vida á todas las figuras, cuya luz moderada prestaba también á la sinfonía un encanto que no habría tenido en una obscuridad absoluta. Mientras las barcas bogaban lentamente, vislumbrábase el agua que blanqueaba en torno de ellas, y los remos que suavemente la azotaban con acompañados golpes, trazaban surcos que parecían de plata (1).»

Luego, contemplando el parque iluminado y las grandes líneas indicadas por luces, Felibién admiró la armoniosa belleza del conjunto:

«Los grandes surtidores... parecían largas galerías y grandes salones, ricamente decorados con una arquitectura y con estatuas de un artificio y de una belleza hasta entonces desconocidos y superiores á cuanto puede concebir la inteligencia humana.»

La emoción que respiran esas líneas del descriptor

(1) Luis XIV fué aficionado hasta su muerte á esas noches de música. Dangeau refiere, en 10 de julio de 1699: «A eso de las seis de la tarde el rey entró en sus jardines y después de haber paseado un rato por ellos, se estuvo en la azotea que mira al canal viendo como se embarcaban Monseñor, la señora duquesa de Borgoña y todas las princesas... Todas las músicas del rey estaban en un yate. El rey hizo que llevaran sillas á lo alto de la balastrada, en donde permaneció hasta las ocho escuchando la música, que hubo de acercarse lo más posible. El rey, al principio, había resuelto embarcarse; mas como tiene cierta predisposición al reumatismo, el señor Fagón no se lo aconsejó... Después de la cena, Monseñor y la señora duquesa de Borgoña se pasearon hasta las dos de la madrugada por los jardines... después de lo cual Monseñor fué á acostarse. La señora duquesa de Borgoña se embarcó en una góndola... y la señora duquesa en otra, y se estuvieron en el canal hasta la salida del sol.»

de las fiestas, sintieronla los espectadores contemplando la vida de Versailles, en donde las grandes fiestas no eran más que episodios de la perpetua fiesta.

«En Versailles se divierten, escribe la señora de Sevigné; todos los días, placeres, comedias, músicas, cenas en el agua. A las tres, el rey, la reina, Monsieur, Madama, Mademoiselle, todos los príncipes y princesas, la señora de Montespán, todo su séquito, todos los cortesanos, todas las damas, en una palabra, todo lo que se llama la corte de Francia, se reúnen en aquella hermosa habitación del rey que ya conocéis. Todo está divinamente amueblado; todo es magnífico; no se sabe lo que es allí sentir calor, y se pasa de un lugar á otro sin apreturas. Una partida de revesino da la norma y atrae á todos... Sobre el tapete se esparcen mil luises; no hay más fichas que éstas... Esta agradable confusión, sin confusión, de todo lo más selecto dura hasta las seis, desde las tres. Si vienen correos, el rey se retira para leer sus cartas y luego vuelve. Siempre hay alguna música que él escucha y que produce muy buen efecto. El rey habla con aquellos á quienes acostumbra otorgar ese honor. Por fin se deja el juego á la hora que os he dicho... De modo que á las seis se monta en calea... Se recorre en góndolas el canal, en donde se oye música; se regresa á las diez; se asiste á la comedia, y al dar las doce, se hace medianoche.»

Mientras los demás se maravillaban de esa existencia elísea, el rey sentíase satisfecho porque había arreglado su vida precisamente tal como la quería. En resumidas cuentas y dentro de la sencillez del fondo de las cosas, fué un hombre que tuvo medios para vivir como le convenía y los utilizó. El espectáculo de seres mimados así por la fortuna es poco frecuente y en extremo interesante. Á Luis XIV hay que mirarle en Versailles; allí se reveló entera su naturaleza. Y no fueron sólo satisfacciones de orgullo las que halló en aquel sitio; ese hombre que examinó tan de cerca los planos de sus arquitectos, que admiró á Corneille, á Bossuet, á Racine, á Moliere y á Lulli, que gustó de la magnificencia de las aguas y de las luces, de las flores, de los perfumes, de las músicas nocturnas, de las diversas clases de bellezas y de gracias femeninas, y de todos esos goces juntos en la majestad de un escenario soberbio, ese hombre era un esteta. Él fué el primero en enamorarse de la belleza que creaba en Versailles y su pasión creció de día en día; ausente de su casa y de sus jardines, siempre pensaba en ellos, y su pasión se revela en billetes como el siguiente, escrito en 1673, estando en el ejército: «Me preparo á sentir cierto placer cuando llegaré ahí... No será tan pronto.» En aquella ocasión fué cuando dijo: «Espero encontrar muchas flores.»

Satisfizo su pasión contra todos los obstáculos. Los grandes gastos empezaron en el momento en que la guerra de Holanda volvió á sumir al Estado en la miseria de la que apenas acababa de sacarle Colbert. Éste sacrificó hasta el último sueldo el presupuesto de sus carreteras, redujo sus envíos de hombres al Canadá y á las demás colonias y sus subvenciones á las manufacturas, dejó sucumbir sus grandes compañías, perturbó por fuerza el orden introducido en la hacienda y recurrió á los expedientes homicidas que provocaron motines con su secuela de saqueos, matanzas y población de galeras. Proclamaba la miseria de los labriegos, y los generales,

el mismo Louvois, confesaban el descalabro del ejército, y sin embargo, cada año, si se deja en olvido el Louvre, Versailles percibe sus centenares de miles de libras. En los últimos años de la guerra, la cifra de esos gastos se redujo, mas volvió á subir de un salto apenas firmada la paz y aun antes de que ésta hubiese reparado los desastres de seis años ruinosos. En resumen, Versailles costará setenta millones, equivalente á trescientos hoy en día (1).

Tampoco economizó el rey vidas humanas. La fiebre, producida por la remoción de tierras hecha para ensanchar con terraplenes el estrecho cerro primitivo, para abrir el canal y el estanque de los Suizos y para llevar el río Eure á las fuentes, mató millares de hombres. Saint-Simón refiere que en el campamento en donde se alojaban los trabajadores del acueducto de Maintenón «se prohibió, bajo severas penas, que se hablase de los enfermos y sobre todo de los muertos que el duro trabajo y más aún la exhalación de tantas tierras removidas mataban.»

En 1678 Versailles estaba azotada por una especie de peste: «El rey, escribe la señora de Sevigné, quiere ir el sábado á Versailles; mas diríase que Dios no lo quiere, á juzgar por la imposibilidad de que los edificios se hallen en estado de recibirle, y por la mortalidad prodigiosa de los obreros, de los que todas las noches se sacan, como del Hospital, carretadas de cadáveres. Se oculta esa triste situación para no introducir el espanto en los talleres y para no desacreditar el aire de ese favorito sin mérito (2).» Cierta día reprochóse á Luis XIV una de las muertes acaecidas en Versailles en una escena extraña que de Ormesón refiere: una mujer que «había perdido á su hijo á consecuencia de una caída mientras trabajaba en las máquinas de Versailles,» increpó al monarca «llamándole putaño, rey maquinista, tirano y otras mil necedades y extravagancias;» el rey, en extremo sorprendido, preguntó á la mujer si era á él á quien se dirigía, á lo que aquélla contestó «que

(1) Esta cifra que da Guiffrey (*Comptes des Bâtimens*, t. I, página XLI y sig.) no ha de ser considerada como definitiva, porque bien puede ser que ciertos gastos no figuren en las *Comptes des Bâtimens*, aparte de que estas cuentas inspiran poca confianza, desde el momento en que en ellas son frecuentes los errores de suma, las omisiones y las inversiones dobles. Guiffrey ha encontrado, por ejemplo, ciento cuatro errores de suma en los registros de los diez y siete primeros años. A partir de 1679, ni siquiera están puestos los totales al final de los capítulos. Un estado abreviado, hecho por el contralor general Pontchartrain con las cuentas del Tesoro (publicado por De Boislesle, *Correspondance des contrôleurs généraux*, t. I, Apéndice), da cifras ninguna de las cuales concuerda con las de las *Comptes des Bâtimens*, siendo la diferencia, á veces, de centenares de miles de libras. Á fines del siglo XVI, un oficial primero de los Edificios puso al pie de las cuentas de 1672: «Se habría partido de bases muy falsas si se hubiese trabajado sobre este registro y todos sus semejantes, cuando en 1778 y 1779 se trató de conocer lo que habían costado los Edificios, especialmente en los tiempos brillantes de Luis XIV.»

De modo que la cuestión del precio de Versailles, aunque tratada con frecuencia, no está definitivamente resuelta.

(2) La señora de Sevigné añade. «Ya conocéis ese chiste sobre Versailles.» Aquella carta la escribió á su primo Bussy-Rabutin, el cual recoge la palabra en su respuesta: «Ignoraba que se hubiese llamado á Versailles favorito sin mérito, pero no puede darse nada más exacto ni mejor expresado. Los reyes pueden, á fuerza de dinero, dar á la tierra una forma distinta de la que le diera la naturaleza; pero la calidad del agua y la del aire no dependen de su poder.»

si y continuó. Fué presa, condenada inmediatamente á la pena de azotes y llevada á las Petites-Maisons. Los azotes le fueron aplicados... con extremado rigor y aquella mujer no profirió ni una queja, sufriendo aquel mal como un mártir y por el amor de Dios.»

Pero la pasión por Versailles costó mucho más que millones de libras y millares de existencias. El fijar la residencia en aquel sitio equivalió á retirarse de la vida real para acogerse á la vida facticia de un palacio de hadas y de una ciudad nacida por decreto de letras patentes; fué desarraigar al rey, trasplantarlo á un terreno malo, en donde hasta entonces nada había brotado. En vez de la Nuestra Señora de Felipe Augusto, iglesias muy bajas que, con los demás edificios religiosos de Versailles, denotan con su escasa altura que se ha trastocado la proporción entre el rey y Dios; en vez de Casas Consistoriales con su cuerpo secular de magistrados, una pequeña comunidad parroquial tan humilde, que un día en que fué presentada al rey, no sabiendo qué decirle le entonó un cántico; en vez del palacio de justicia, de donde salen magistrados portadores de representaciones, ministerios y empleos; en vez de una población animada, de carácter libre, familiar de buen grado y en ocasiones insurrecta, millares de cortesanos que contemplan al señor y lo adoran. Y como consecuencia de todo ese atentado contra la naturaleza y contra la historia, la ruptura del contacto por el que se viene en conocimiento de los errores cometidos, la invitación á vivir tranquilamente para sí en la repetición de las mismas frivolidades y de los mismos escándalos, mientras crece en «la nación» la autoridad de París que, con la ausencia del rey, se vuelve más osado. Los grandes acontecimientos de un reinado no siempre son los que uno se figura: la instalación de Versailles fué más importante y de consecuencias más graves que cualquiera de las guerras de Luis XIV y aún que todas ellas juntas.

A este precio, Luis XIV y su época nos han dado uno de los símbolos más claros que en tiempo alguno haya ofrecido el arte á la inteligencia de los historiadores. Indudablemente hay que realizar un esfuerzo para reconocer, al presente, la vida maravillosa de los buenos tiempos del palacio y de sus jardines. «¿No es verdad que es una mansión encantada?» preguntaron á la señora de Cornuel que regresaba de Versailles, adonde había ido durante una ausencia del rey.—«Sí, respondió, pero es preciso que esté allí el hechicero.» Versailles es ahora un teatro vacío, después de terminada la representación que no se reproducirá nunca más. Aquel sitio, en donde todo emanaba de una persona y todo volvía á ella, conveniale á ésta tanto, que después no pudo convenir á otra. Pero contemplando, aunque no sea más que un momento, el modo como las escaleras, los planos, los bosquecillos y las terrazas ascienden hacia el pedestal del templo, y mirando de este templo la larga línea solemne y como indefinida, la modestia que dentro de la armonía general tiene el detalle, y por último la subordinación del conjunto á una idea sencillísima, se comprende que esa obra representa, en la sucesión de nuestra historia, un momento, el de la monarquía superior á todo, verdaderamente monárquica y como solitaria en su victoria.

CAPÍTULO IV

LA ERUDICIÓN Y LAS CIENCIAS

I.—La erudición (1)

La curiosidad por las cosas antiguas, tan viva en el siglo XVI, habíase debilitado por sus propios excesos, que rayaban en lo ridículo, y por los peligros que la Iglesia y el Estado opusieron á los espíritus aventureros que en la antigüedad, sagrada ó profana, buscaban argumentos para contradecir á las autoridades. Sin embargo, subsistía aún en una porción de eruditos y de «curiosos,» como entonces se decía, que coleccionaban objetos raros y documentos de toda especie para adornar con ellos sus despachos y sus bibliotecas.

Colbert fué un gran coleccionista; aconsejado por sabios como su bibliotecario Baluze, dióse el gusto de tener una hermosa biblioteca, y ese gusto, decía, es «casi el único que me doy en medio del trabajo á que me sujeta la necesidad del servicio y las órdenes del rey.» Tanto como de la suya ocupóse de la biblioteca del monarca, que enriqueció con volúmenes impresos, manuscritos y medallas.

Procuróse manuscritos comprando colecciones, como por ejemplo la del conde de Brienne que adquirió en 1662; al año siguiente, el conde de Bethune regalaba la suya al rey. En las provincias se organizaron verdaderas batidas para las cuales Colbert recurría á los buenos oficios de sus subordinados; así Daot, presidente de la Cámara de las Cuentas de Navarra, Boudón, tesorero de Francia en Montpellier, Daguesseau, intendente en Tolosa, y Dionisio Godefroy, custodio de los archivos de la Cámara de las Cuentas de Lila, mandaron sacar copias de «títulos útiles á la historia,» ó «necesarios para la conservación de los bienes de la corona,» ó por cualquier otro concepto interesantes. A Godefroy se le suplicó que «sostuviera correspondencia en toda la Flandes á fin de recoger los manuscritos ó las copias de todo

(1) FUENTES: Clement, *Lettres*, t. V y VII véanse en el índice las palabras *Bibliothèque*, *Manuscrits*, *Missions*, *Depping*, *Correspondance*... , tomo IV. *Comptes des Bâtimens*, t. I y II; *Lettres* de Chapelain citadas pág. 208. *Missions archéologiques françaises au Levant*, pub por Omont. («Collection des documents inédits»). *Huetiana ou pensées diverses de M. Huet*, Amsterdam, 1733.

OBRAS: Delisle, *Le cabinet des manuscrits de la Bibliothèque Nationale*, París, 1868-74, 4 vol. Mortreuil, *La Bibliothèque Nationale, son origine et ses accroissements*, París, 1878. Babelón, *Traité des monnaies grecques et romaines* (introducción del t. I), París, 1901. Bonnafé, *Dictionnaire des amateurs français au XVII^e siècle*, París, 1884. Vandal, *L'odyssée d'un ambassadeur. Les voyages du marquis de Nointel*, París, 1900. Langlois, *Manuel de bibliographie historique*, París, 1904. Pougeois, *Vansleb, sa vie, sa disgrâce*, París, 1869. De Grandmaison, *Gaignières, ses correspondants et ses collections de portraits*, en la «Bibliothèque de l'École des Chartes,» 1890-92, y en tirada aparte, Niort, 1892. Dom Tassin, *Histoire littéraire de la congrégation de Saint-Maur*, París, 1770. U. Robert, *Supplément à l'histoire littéraire de la congrégation de Saint-Maur*, París, 1881. Vanel, *Les bénédictins de Saint-Maur à Saint-Germain des Prés* (1630-1791), París, 1896. E. De Broglie, *Mabillon et la Société de Saint-Germain des Prés*, París, 1882, 2 vol. Büumer, *Joh. Mabillon*, Augsburg, 1892. Feugère, *Étude sur la vie et les ouvrages de Du Cange*, París, 1852. Fage, *Etienne Baluze, sa vie, ses ouvrages*, Tulle, 1899. Bernus, *Richard Simon*, Lausanne, 1869. Margival, *Essai sur Rich. Simon*, París, 1900.

cuanto hubiera allí bello ó curioso.» Los manuscritos eran buscados especialmente en los archivos municipales ó eclesiásticos. Colbert recomendaba que no se pagasen caros: «Observamos que á menudo una pequeña gratificación produce gran efecto en los religiosos y en los canónigos,» escribía; y aun intentaba obtenerlos de balde. Así, por ejemplo, habiendo sabido por Baluze que los carmelitas descalzos de Clermont poseían dos manuscritos de confesiones y homenajes tributados á Felipe Augusto, encargó al intendente que los reclamase como cosa debida al rey: «Con darles vuestro recibo quedarán bien y válidamente descargados.» La ciudad de Gante, al rendirse en 1678, estipuló que conservaría sus archivos, pero Colbert envió á aquella ciudad á Godefroy para que se apoderase de ellos: «El rey no puede mandar que sean sacados públicamente, porque á ello se opone la capitulación, pero vos podéis hacer desaparecer con habilidad el mayor número posible de ellos.»

Colbert daba gran valor á los manuscritos, documentos y reliquias de la antigüedad latina, griega y oriental; de aquí que invitara por medio de circulares á los cónsules de Levante á que «se informasen de las ocasiones» para adquirirlos y á que «no dejasen escapar ninguno.» Los cónsules de Chipre y de Alepo mostráronse muy activos, y el último, D'Arvieux, escribía en 1681: «Tengo establecido en Persia y en Mesopotamia un comercio con gentes que no me enviarán nada que no sea muy selecto.» Al embajador de Francia en Constantinopla, marqués de Nointel, se le rogó que remitiera á Francia todos los manuscritos griegos que en aquella ciudad pudieran encontrarse: «El público hallará en ello gran ventaja, decía Colbert, puesto que los literatos, con la edición de muchos documentos no impresos, enriquecerían cada uno la ciencia de su profesión, adornando así nuestra Francia con los despojos del Oriente.» Nointel puso gran celo en contentar al ministro, pero manifestaba que la búsqueda de antigüedades se iba haciendo difícil: «Tantas personas de todas naciones la han generalizado de tal manera, que casi todo está agotado, dando ello lugar á que se falsifique mucho.»

Varias misiones partieron de Francia para Oriente. Vansleb, nacido cerca de Erfurt, hijo de un pastor luterano y que, de regreso de una larga misión costeada por el duque de Sajonia-Gotha, se había hecho dominicano en Roma, entró al servicio del monarca francés, por recomendación de Colbert, y en mayo de 1671 embarcóse en Marsella, llevándose unas instrucciones como las que se redactaban para los embajadores (1).

(2) Declan esas instrucciones: «Habrá de buscar y de enviar aquí la mayor cantidad posible de manuscritos buenos y de medallas antiguas,» y sobre todo no «dejar escapar ningún libro histórico, ni de leyes civiles ó eclesiásticas.» Indican, también, los lugares en donde encontraría manuscritos: el monte Athos, el Sinaí, «los conventos de los desiertos de la Nitria,» Constantinopla, Ispahán, Etiopía; y mencionaban las personas con quienes puede entrarse en tratos, como, por ejemplo, un patriarca y un médico que «son griegos y, por ende, más amigos del dinero que de los libros.» Además Vansleb habrá de tomar nota de todo cuanto encuentre interesante; describir los edificios así antiguos como modernos; enviar, á ser posible, «las estatuas y los bajos relieves que son de buenos maestros;» hacer «descripciones de todas las máquinas, principalmente de las que aquí no se usan, así como de todas las herramientas y de todas las artes que son diferentes de las nuestras ó que tienen algo de particular, y hasta vestidos peculiares de cada nación. «Formará una colección de las